

LA CRÓNICA COMO SALVACIÓN: ENSEÑAR PERIODISMO ES ENSEÑAR A ESCUCHAR Y A CONTAR CON CLARIDAD LO QUE SE ESCUCHA DESPUÉS DE COMPROBAR QUE ES CIERTO

CHRONIC AS SALVATION: TEACHING JOURNALISM IS TAUGHT TO LISTEN AND TELL CLEARLY WHAT IS HEARD AFTER CHECKING THAT IT IS TRUE

ALFONSO ARMADA*
alfarmada@yahoo.com

Director del Máster de Periodismo ABC/UCM
y editor de la revista digital 'Frontera D'

Resumen: Enseñar periodismo es enseñar a escuchar y a contar con claridad lo que se escucha después de comprobar que es cierto. A fuerza de opiniones, y de considerar estúpidamente que todas son igual de valiosas, hemos acabado de extraviar el sentido de la realidad. Por eso ha perdido tanto crédito la prensa, porque muchos lectores, o ex lectores, han llegado a la conclusión de que todos mienten, de que todos los periódicos retuercen la realidad para que se parezca a su visión del mundo, porque, como dice con ironía un amigo que trata de no perder del todo la fe en el periodismo “la realidad está sobrevalorada”. Porque mezclamos hechos y opiniones, porque deshuesamos los hechos para que digan lo que queremos que digan, y al final no sabemos dónde acaba la realidad y dónde comienza la ficción, dónde practicamos la decencia intelectual y moral o tergiversando lo que sabemos para perjudicar a los otros y proteger a los nuestros.

Palabras clave: Periodismo; formación de los periodistas; crónica; ética; medios de comunicación.

Abstract: Teaching journalism is to teach listen and tell clearly what is heard after checking that it is true. After receiving all the opinions, and stupidly believing that all are equally valuable, we finish misleading the sense of reality. This is why the press has lost much credit, because many readers or former readers have come to the conclusion that everybody lies, that all newspapers twist reality so that it looks like their worldview, because, as ironically says a friend who tries not

Referenciar como: Armada, A. (2015). La crónica como salvación: Enseñar periodismo es enseñar a escuchar y a contar con claridad lo que se escucha después de comprobar que es cierto. *index.comunicación*, 5(2), 33-42. Recuperado de <http://journals.sfu.ca/indexcommunication/index.php/indexcommunication/article/view/169/157>

[*] Alfonso Armada es periodista y escritor. Entre otros libros ha publicado *Cuadernos africanos* (Península, 2002), *El rumor de la frontera. Viaje por el borde entre México y Estados Unidos* (Península, 2006), *Nueva York, el deseo y la quimera* (Espasa, 2007), *Diccionario de Nueva York* (Península, 2010) y *Mar Atlántico. Diario de una travesía* (Alento, 2012).

to lose entirely his faith in journalism: "reality is overrated". Because we mix facts and opinions, because we weaken the facts so that they say what we want them to say, and ultimately we do not know where reality ends and where fiction begins, where we practice the intellectual and moral decency or misrepresenting what we know to harm others and protect us. **Keywords:** Journalism; training of journalists; chronicle; ethics; media.

NECESITAMOS HISTORIAS. Mi amigo Julio Villanueva Chang, editor de la revista peruana *Etiqueta negra*, convocó a Walter Benjamin, que paradójicamente no ha dejado de hablarnos desde que él mismo se tapó la boca en Port Bou para no morir a manos de los nazis:

“Cada mañana se nos informa sobre las novedades de toda la Tierra. Y sin embargo somos notablemente pobres en historias extraordinarias (...). Ya casi nada de lo que acaece conviene a la narración sino que todo es propio de una información. Saturados de información, los hombres han ido perdiendo la capacidad de comprender”.

A eso añade Villanueva Chang algo que nos concierne a quienes todavía tenemos la suerte de ganarnos la vida en los periódicos, y para colmo tratamos de formar a periodistas para esos medios, los que están en franca mutación, no sabemos si encaminándose hacia el valle de la muerte o al de las polillas que serán mariposas:

“una de las mayores pobreza de la más frecuente prensa diaria –sumada a su prosa de boletín, a su retórica de eufemismos y a su necesidad de ventas y escándalo– continúa pareciendo un asunto metafísico: el tiempo. Lo actual es la moneda corriente, pero tener tiempo para comprender lo que está sucediendo sigue siendo la gran fortuna”.

¿Para qué sirve todo esto si no es para tratar de comprender qué estamos haciendo aquí, cómo funciona el mundo, cuáles son las causas de las cosas? Claro que eso nos libra del peligro al que ha de hacer frente a pecho descubierto el padre de Mason, el protagonista de *Boyhood*, el formidable fresco cinematográfico de Richard Linklater sobre el paso del tiempo y las huellas en el rostro y en el alma, una escultura de carne y cinematografía. ¿Cuál es el sentido de la vida? Porque puede que no lo tenga. Hagamos como si, y sigamos adelante. Porque necesitamos historias, pero no para adormecernos, sino para saber que estamos vivos.

Cada vez que sale a la palestra la cuestión de la verdad se suelen decir casi tantas tonterías, salen a la superficie tantos lugares comunes, como cuando se habla de la objetividad. No hace falta ponerse estupendo para compartir lo que Arcadi Espada entiende por objetividad, “la posibilidad de dar cuenta de los hechos al margen de las creencias”. ¿Es eso un imposible metafísico? ¿Es que en vista del aguacero de la corrupción no nos vemos con suficientes arrestos y energía para tratar de ser honestos?

A fuerza de opiniones, y de considerar estúpidamente que todas son igual de valiosas, hemos acabado de extraviar el sentido de la realidad. ¿Por eso ha perdido tanto crédito la prensa, porque muchos lectores, o ex lectores, han llegado a la conclusión de que todos mienten, de que todos los periódicos retuercen la realidad para que se parezca a su visión del mundo, porque, como dice con ironía un amigo que trata de no perder del todo la fe en el periodismo, “la realidad está sobrevalorada”? Porque mezclamos hechos y opiniones, porque deshuesamos los hechos para que digan lo que queremos que digan, y al final no sabemos dónde acaba la realidad y dónde comienza la ficción, dónde practicamos la decencia intelectual y moral o tergiversando lo que sabemos para perjudicar a *los otros* y proteger a *los nuestros*.

Para entender, para intentar entender, hace falta tiempo. Uno de los ensayos más reveladores que contiene el útil *Crónica y mirada. Aproximaciones al periodismo narrativo*, coordinado por María Angulo (2014), y publicado por Libros del K. O., es el que Leticia García Rojo dedica a la escritora estadounidense Joan Didion. El capítulo se titula ‘La emotiva asepsia narrativa de Joan Didion’. García Rojo invita al filósofo Ludwig Wittgenstein para preguntarse “¿hasta qué punto es posible conocer un hecho, un objeto?”, y responde:

“Para Wittgenstein, los límites del lenguaje significan los límites del mundo cognoscible. Para la autora [Joan Didion], los escritores son quienes viven más completamente porque de su proceso de inmersión se derivan cantidades ingentes de información procedentes de los diálogos registrados de los personajes, de las escenas, de los gestos, de los ambientes. Un relato polifónico donde hay que seleccionar los detalles más relevantes para la historia y darle una coherencia a través de la estructura narrativa. Se trata de poner orden, de articular elementos para, de su intento por dotarles de un lugar en un conjunto más amplio, empezar a comprender, dar sentido. Es volver a ver para poder dar respuestas. En varias de sus crónicas reconoce su incapacidad para encontrar una línea argumental que confiera lógica a todo aquello que ve alrededor”.

Las biografías nos hacen creer que todas las vidas tienen sentido, que lo que nos ocurre sucede de forma orgánica, sucesiva, como si el nacimiento, la vida y la muerte fueran en sí mismo una línea estilizada como una película que nos permite apagar la luz y acaso dormir sin sobresaltos. Y el periodismo intenta con frecuencia ser Dios, dotar de lógica a un mundo caótico en que ocurren cosas sin cesar que los periodistas intentamos a toda costa jerarquizar siguiendo un esquema en el que lo interesante y lo relevante son reclutados para forjar como nuevos orfebres de Vulcano el orden de lo que merece la pena que el lector lea, que el espectador vea, que el radioyente escuche. Y que, al mismo tiempo que entretienen el tiempo de que disponen hasta que les llegue la hora final, entiendan de qué vaina va esto de la vida.

Es la autora de *El año del pensamiento mágico*, Joan Didion (2006), la que ofrece una reflexión que bien serviría para persuadir *de una vez por todas* de los beneficios de leer, pero sobre todo de leer bien:

“...resulta que yo todavía estoy comprometida con la idea de que la capacidad de pensar por uno mismo depende del dominio que uno tenga del lenguaje, de manera que no sentía ningún optimismo hacia unos chavales que se conformaban con decir, para indicar que sus padres no vivían juntos, que venían de un ‘hogar roto’. Tenían dieciséis años, quince, catorce, cada vez llegaban más jóvenes, un ejército de niños esperando a que alguien les diera las palabras”.

¿Qué hacer por tanto cuando a uno le invitan a hablar en un instituto o en un colegio y no atina a persuadir a los jóvenes (acarreados al salón de actos por sus voluntariosos maestros) para que lean, para que se den cuenta de que leyendo no sólo se vive más, sino que se defiende uno mejor de los constantes desfalcos de la vida y de todos los que nos quieren dar gato por liebre, engañarnos, hacernos creer que todo lo que hacen es por nuestro bien. Aunque habría que explicarles primero, con Alicia y Lewis Carroll de la mano y ante el espejo, que lo importante no es el significado de las palabras, sino *quién manda aquí*.

Acerca de la virtud de la mirada, que es la transubstanciación del sentido de la vista, dijo la cronista argentina Leila Guerriero en una entrevista con Ramón Lobo publicada en la revista *Jotdown*:

“Sí, cuando uno es periodista debe vivir con el radar. Supongo que cuando uno es escritor de ficción –cosa que yo no soy– se vive algo parecido. Es una especie de oreja gigante hacia cosas que deberían llamar la atención. El periodista tiene la obligación de hacerlo, mientras que el escritor de

ficción puede nutrirse de otras cosas. Nosotros tenemos la obligación de saber mirar. La mirada es un músculo que se entrena. Pongamos un caso extremo que entenderás porque haces guerras: te hunden en una realidad completamente alterada y desconocida. Tienes que decidir todo. Debes tener información previa, pero sobre todo tienes que decidir el punto de vista. Encontrar en esa maraña de la realidad un eje donde anclar tu crónica. Sin ir al extremo de la crónica de guerra, un periodista que va a un pueblito y hace una crónica de viaje también tiene que encontrar dónde anclar su crónica. Lo más importante en una persona que escribe periodismo es saber lo que quiere decir. La gente sigue diciendo cosas extraordinarias y haciendo cosas extraordinarias (...). La realidad, con un objeto mínimo, te puede decir algo grande. Hay que vivir con el ojo abierto pero sin el artificio de creer que toda historia encierra una metáfora. A veces es lo que es”.

Otro texto especialmente valioso que recoge la antología elaborada por María Angulo es el que escribe el periodista y profesor de periodismo Roberto Herrscher y se titula ‘Peligrosos acercamientos al otro en el nuevo periodismo americano: Charles Bowden, Ted Conover, Adrian Nicole LeBlanc y Susan Orlean’. Gabriela Wiener, otra cronista de la que aprender leyéndola (que es una de las mejores formas de aprender periodismo, leyendo, carajo, leyendo todo el tiempo que uno no está viviendo), dice de su colega latinoamericano:

“Leyendo a Herrscher me quedo (...) con la sensación de que las historias que ofrece la crónica siempre son abiertas. Tal vez es lo que diferencia, en última instancia, a la ficción de la no ficción: esta última sigue, es un continuo que no termina ni en la escritura ni en la lectura. Siendo parte de una realidad común, el lector puede retomarla, reformularla, investigarla a su manera. Finalmente, el texto de Roberto Herrscher encierra también la inevitable lección acerca del lugar desde el que escribimos en nuestro tiempo. Escribimos desde nuestras experiencias, pero también desde nuestras lecturas y, sobre todo, desde la constante exposición en la que vivimos”.

Se pregunta Herrscher qué tienen en común estos cuatro nuevos nuevos (no es una errata aunque el corrector subraye la repetición) periodistas, estos periodistas narrativos cuando el siglo XXI empieza a desperezarse y a hacer desaguisados: Bowden, Conover, LeBlanc y Orlean:

“Que agrandan la realidad, afinan nuestra mirada, enriquecen las herramientas con que los periodistas narrativos y los escritores de no ficción

cuentan lo que pasa. En la influyente antología *The Literature of Reality* (1995), la académica Barbara Lounsberry y el eminente cronista Gay Talese dividen sus selecciones de ejemplos en diversas categorías, que comienzan con formas de presentar la realidad y jugar con el lenguaje hasta formas de agrandar la realidad. Esto suena peligroso: ¿cuánto se puede agrandar un hecho, una escena o un personaje sin distorsionarlo, sin transformarlo en ficción? Pero en esencia, agrandar es aplicar una lupa, mirar lo pequeño, lo minúsculo, como si fuera grande. En última instancia, hacer visible lo invisible. Como hace un fotógrafo con un detalle, que con la ayuda de una cámara potente permite detener la imagen y hacernos notar lo que de otra manera no veríamos. Así agrandan la realidad Charles Bowden, Ted Conover, Susan Orlean y Nicole LeBlanc. Pero también usan herramientas de las ciencias sociales, además de las literarias que ya habían introducido de a poco los pioneros, como Daniel Defoe, Antón Chéjov o José Martí en sus crónicas periodísticas y sobre todo como emprendió como proyecto la generación del Nuevo Periodismo. Este es el gran adelanto de esta nueva generación, creo: en ese maridaje entre periodismo y ciencias como sociología, antropología, psicología social y ciencia política, avanzan mucho en hacernos entender cómo los casos que presentan explican una realidad amplia, un contexto social, un tiempo y un lugar, lo que sucede en el mundo. Y por último, estos periodistas son grandes lectores, están atentos a las corrientes literarias de este comienzo del siglo XXI y a lo que sucede en el cine, el vídeo, las nuevas tecnologías, la forma en que los lectores actuales están insalvablemente tamizados por su constante exposición y uso de Internet, los discursos fragmentados que cambian de género y de estilo constantemente, las personalidades múltiples que adquirimos desde niños para comunicarnos con el exterior, agrandadas hasta el infinito por las redes sociales. El mundo que muestran estos cuatro autores es un mundo distinto al del siglo XX; los personajes son distintos, sus retos y contextos han cambiado, ha cambiado el papel y el personaje del periodista, y ha cambiado el lector. A esta nueva concatenación de miradas se dirigen LeBlanc, Orlean, Conover y Bowden. En primer lugar, me refiero a la nueva mirada de los personajes mismos sobre su mundo y sobre sí mismos. En segundo término, a la nueva mirada del periodista sobre aquello de lo que escribe, a sus nuevas y más penetrantes miradas a sí mismo y al lector. Y por último, a la mirada de los propios lectores, quienes ahora se acercan con menos inocencia pero con más necesidad de quedar atrapados por una gran historia”.

Se ha repetido muchas veces, sobre todo entre los aficionados a la crónica, tanto a leerla como a practicarla. Pero nunca está de más volver a hacerlo si entre los desconocidos lectores hay más de uno que no se habían enterado todavía de lo que dice Juan Villoro y que entronca con lo que acabamos de traer aquí de Herrscher:

“Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la ‘voz de proscenio’, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser”.

Hablando de la crónica es inevitable referirse a Ryszard Kapuscinski, y por lo tanto de los lindes entre ficción y no ficción, del pacto sagrado que el periodista firma con el lector, la de que no va a inventar. Por eso hay que leer casi todo Kapuscinski, pero también *Kapuscinski non fiction*, la fiera y bien documentada biografía que le dedicó, *post mortem*, su amigo y discípulo, Artur Domoslawski, en que se dejan en evidencia las veces en que Kapuscinski incumplió ese pacto. Sobre los límites, dijo Leila Guerriero en la citada entrevista con *Jotdown*:

“Creo que el límite es claro, a pesar de que se dice que son difusos: los periodistas contamos hechos reales, cosas que han pasado. Lo esencial es que los hechos hayan acontecido, que no inventes que un señor tiene bigote porque es lo que te conviene, o que a una vieja le faltan los dientes porque es bueno para tu construcción de la historia. O decir que estuviste en un lugar si no estuviste. Es tan fácil como contarle dejando claro que no estuviste. ¿Por qué mentir? Ese límite es claro. Lo demás tiene que ver con lo formal. En el periodismo narrativo, y en el otro, deberíamos esforzarnos en

escribir bien. Poner una metáfora pensada durante media hora no es hacer ficción. Se trata de generar un estilo. Sin estilo no hay texto, pero sin reporteo no hay historia. Si me dan a elegir entre un tipo con mucho estilo que no sabe investigar y lo opuesto, como editora voy a elegir siempre al que sabe investigar y juntos podemos trabajar el estilo. Evidentemente, preferiría a alguien como Caparrós, un tipo que tiene punto de vista, sabe investigar, buscar una fuente y escribe como los dioses”.

En cada inauguración del Máster de Periodismo ABC/UCM reitero los, a mi juicio, cuatro requisitos que todo periodista que se precie debe cultivar y atesorar para que su oficio sea valioso para sí mismo y para la sociedad en la que vive y para la que trabaja, y sobre la que escribe, y que son también fundamentales para la crónica, para esa fórmula mutante y preciosa de atrapar el mundo, es decir, el tiempo, aunque siempre se nos escape: humildad, curiosidad, rigor y alegría. Cabría resumir los cuatro en una condición de la verdadera vida que es la de prestar atención. Abre el escritor y sacerdote Pablo d’Ors su *Biografía del silencio* con una cita de la filósofa Simone Weil, que hizo del ponerse en el lugar del otro el argumento primordial de su vida y de su obra:

El deseo de luz produce luz.
Hay verdadero deseo cuando hay esfuerzo de atención.
Es realmente la luz lo que se desea
cuando cualquier otro móvil está ausente.
Aunque los esfuerzos de atención
fuesen durante años aparentemente estériles,
un día, una luz exactamente proporcional a esos esfuerzos
inundará el alma.
Cada esfuerzo añade un poco más de oro
a un tesoro que nada en el mundo puede sustraer.

Hay una poeta polaca que creo que cualquiera que quiera ser periodista, que quiera ser cronista, que quiera contar el mundo, tiene que leer de forma insoslayable: Wislawa Szymborska. Uno de sus poemas más preciosos se titula precisamente *Falta de atención*, y con él me gustaría terminar, no sin antes recordar que aunque la vida no tenga ningún sentido eso no nos va a impedir intentar que lo tenga, intentar vivir y vivir para contarlo. Para ello, quien quiera ser periodista no puede dejar nunca de leer, leer y leer. Es decir, de vivir. Y ahora, el poema de *la Szymborska*:

Ayer me porté mal en el cosmos.
Viví todo el día sin preguntar por nada,
sin sorprenderme de nada.

Realicé acciones cotidianas,
como si fuera lo único que tenía que hacer.

Aspirar, espirar, un paso tras otro, obligaciones,
pero sin pensamientos que fueran más allá
de salir de casa y volver a casa.

El mundo podía ser tenido por un mundo loco
y yo lo tuve para mi propio y trivial uso.

Ningún cómo, ningún porqué,
o de dónde ha salido éste,
o para qué quiere tantos impacientes detalles.

Fui como un clavo superficialmente clavado en la pared,
o (aquí una comparación que no se me ha ocurrido).

Uno tras otro se fueron sucediendo cambios
incluso en el limitado campo de un abrir y cerrar de ojos.

En la mesa más joven, con una mano un día más joven
había pan de ayer cortado de forma distinta.

Las nubes como nunca y la lluvia como nunca,
porque era con otras gotas que llovía.

La Tierra giraba sobre su eje
pero en un espacio abandonado para siempre.

Duró sus buenas 24 horas.
1.440 minutos de ocasiones.
86.400 segundos que mirar.

El cósmico *savoir-vivre*
aunque calla sobre nuestro asunto,

exige, sin embargo, algo de nosotros:
una cierta atención, un par de frases de Pascal
y una sorprendente participación en este juego
de reglas desconocidas.